

Editorial: Contra la datificación del sujeto a través de prácticas de datos anti-opresivas

Renato Bernasconi

Para estudiar la miríada de datos que producimos, los investigadores no solo requerimos métodos digitales (Rogers, 2013) o nuevos métodos asistidos por computadora (Manovich, 2020). Tampoco bastará con emplear nuevas herramientas analíticas (van Dijck, 2017) y nuevos marcos conceptuales que nos permitan aproximarnos a los datos desde una perspectiva crítica (van Es & Schäfer, 2017). Lo que necesitamos, en primer lugar, es replantear nuestro rol en la sociedad (van Dijck, 2017, p. 11). Esto último resulta fundamental, porque es posible que estemos presenciando (y provocando) el surgimiento de un nuevo régimen de poder-conocimiento (Leurs, 2017). O tal vez no estemos ante «un régimen de conocimiento completamente nuevo, sino [ante] nuevas oportunidades para extender, distorsionar y modificar tendencias de larga data sobre cómo usamos los números y las máquinas para dar sentido a nuestros mundos» (Hong, 2020, p. 3). Como sea, tal como ocurre cada vez que hay un cambio de régimen, lo que está en juego es dirimir qué cuenta como conocimiento, quién lo produce y qué exigencias políticas dan forma a lo que tomamos como un “hecho objetivo” (Hong, 2020). En el fondo, lo que está en juego es quién ejerce poder sobre quién.

Todo indica que los procesos y prácticas del siglo XXI estarán crecientemente asentados en un paradigma basado en datos (van Dijck, 2017, p. 11) y que los resultados que obtengamos de nuestro incesante esfuerzo por tabular las dinámicas sociales como información (Leurs & Shepherd, 2017) determinarán en gran medida el curso de nuestras sociedades. En este contexto, los datos aparecen como el “agente purificador”, el ingrediente que nos permitiría acceder, por fin, a un conocimiento liberado de los prejuicios humanos y las opiniones subjetivas, trazando un camino claro y racional sobre el cual avanzar (ver Hong, 2020, p. 19). Pero todo esto no es más que una fantasía (Hong, 2020). Lo cierto es que los datos son producciones humanas. Como sabemos, «no son algo en-sí-mismo que exista antes de la observación, sino algo que debe “conseguirse” a través de un proceso concertado de producción que nunca puede librarse de la subjetividad humana y la sensibilidad»

(Hong, 2020, pp. 19–20). Los datos, y en especial los conjuntos de datos, nunca son inocentes (Leurs, 2017), son “preparados” (Bridges, 2021; D’Ignazio & Klein, 2020), son artefactos culturales, constructos «que emergen de sistemas semióticos que siempre están cargados de poder» (Poirier, 2021, p. 2).

En realidad, como demuestran los autores que contribuyen a dar forma a esta edición «las prácticas de producción de conocimiento basadas en datos son intrínsecamente subjetivas, están dominadas por el poder, son específicas del contexto y, sobre todo, solo producen verdades parciales» (Leurs, 2017, p. 133). Tanto así, que «el poder y los privilegios que contribuyeron a su elaboración pueden estar [incluso] ocultando la verdad» (D’Ignazio & Klein, 2020, p. 153). Los datos no preexisten, no son neutrales: deben ser imaginados (Bridges, 2021). Nunca son completos ni auto-explicativos (Leurs, 2017). Por el contrario, dependen de «las condiciones sociales, culturales, históricas, institucionales y materiales en las que se produjo ese conocimiento» (D’Ignazio & Klein, 2020, p. 152).

Lejos de ofrecer «una representación cruda y sin retoques de la realidad empírica, a partir de la cual los cuerpos humanos y los problemas sociales también podrían quedar limpios de complejidad e incertidumbre» (ver Hong, 2020, p. 8), los datos son armas en la lucha retórica e ideológica que se libra para fijar y asignar significados (Bridges, 2021, p. 3). Lejos de hacer realidad sus fantasías de objetividad tecnocientífica y sus ilusiones de pureza epistémica (Hong, 2020, p. 8), la datificación no es más que un nuevo capítulo en las «historias de denominación y categorización por mucho tiempo imbricadas en historias de soberanía, colonialismo, subyugación y explotación» (Bridges, 2021, p. 2).

Lo cierto es que, más allá de los mitos que la rodean, la tecnología que nos permite procesar grandes cantidades de datos surge en el contexto militar-industrial con el propósito de reforzar estructuras asimétricas de poder (Leurs & Shepherd, 2017), para lo cual ha sido capaz de instalar sistemas inteligentes «que elaboran verdades basadas en datos» (ver Hong, 2020, p. 8), ocultando que estos mismos datos se prestan al abuso político y son propensos a proteger los intereses de los poderosos (Bridges, 2021, p. 2).

Imponiendo sus propias reglas acerca de lo que cuenta como fundamento para el conocimiento, las tecnologías de informatización pretenden afianzar una racionalidad que persigue sus propias prioridades económicas y técnicas (Hong, 2020, p. 11), aprovechando a su favor «ese impulso moderno que nos lleva a ordenar el mundo como una taxonomía de hechos para darle un sentido de legitimidad» (Hong, 2020, p. 16). Surge así una “doctrina de objetividad” (Leurs & Shepherd, 2017) que no tiene otro propósito que mantener las estructuras asimétricas de poder; doctrina que, como explica Haraway, es «afinada hasta la perfección en una historia de la ciencia ligada al militarismo, el capitalismo, el colonialismo y la supremacía masculina» (como se citó en Leurs & Shepherd, 2017, p. 227). Los hilos de esta historia

tejerían su clímax en lo que Catherine D'Ignazio y Lauren Klein, entrevistadas en esta edición, denominan *Big Dick Data*, un explícito término académico que alude a

proyectos de *big data* que se caracterizan por fantasías masculinizantes y totalizadoras de dominación del mundo a través de la captura y el análisis de datos. Los proyectos de *Big Dick Data* ignoran el contexto, fetichizan el tamaño e inflan sus capacidades técnicas y científicas (D'Ignazio & Klein, 2020, p. 151).

Los algoritmos, las bases de datos manejadas por máquinas, el análisis predictivo y automatizado, las tecnologías de seguimiento y optimización de la vida cotidiana, el *factmaking* tecnológico, etc., son los últimos eslabones en una larga cadena de dominación que ha ido normalizando las actitudes modernas hacia los números y las estadísticas en función de diversas exigencias políticas (Hong, 2020, p. 4). Esta cadena, que comenzamos a forjar durante la Ilustración, cuando pusimos sobre la mesa los conceptos de "objetividad" y "neutralidad" (Brown & Strega, 2015), se va solidificando a medida que crece nuestra confianza en la cuantificación, el sello distintivo de su episteme (Leurs & Shepherd, 2017, p. 224). Pero este «deseo cultural de clasificar el mundo en piezas estables y discretas» (Hong, 2020, p. 21) es solo eso, un deseo, un anhelo arraigado en un sujeto moderno, masculino y liberal que durante siglos ha venido haciéndose a sí mismo a través de «procesos exteriores de denominación y categorización» (Bridges, 2021, p. 3). Rearticulado, hoy este sujeto se convierte en un "individuo informatizado" (Leurs & Shepherd, 2017) que «aprende a privilegiar la sensibilidad maquina por encima de la experiencia humana» y basa sus decisiones en los datos (Hong, 2020, p. 7). Confiando ciegamente en esta episteme —mezcla de positivismo y empirismo trascendental (Leurs, 2017, p. 133)—, su fe en una objetividad tecnocientífica le ofrece un refugio frente al desorden de los problemas sociales (Hong, 2020, p. 10).

Pero este refugio es, en realidad, una prisión para la gran mayoría de las personas. ¿Por qué? Porque «a pesar de su pretensión de objetividad, los cálculos basados en datos refuerzan las desigualdades propias de la coyuntura histórica» (Leurs & Shepherd, 2017, p. 220) y atrapan a las personas a través de diversos «programas de clasificación social llevados a cabo por algoritmos informáticos, especialmente cuando [dichas personas] ocupan posiciones marginales dentro de los regímenes de poder-saber» (Leurs & Shepherd, 2017, p. 212). Como señala Virginia Eubanks, nuestro mundo está lleno de "centinelas informacionales", piezas de código invisibles e inescrutables que nos observan y nos analizan (2017). Bien sabemos que, «en un sentido muy real, los que están en el poder han utilizado los datos como arma para consolidar su control» (D'Ignazio & Klein, 2020, p. 14), del mismo modo que «los gobiernos y las empresas han empleado durante mucho tiempo los datos y las estadísticas como técnicas de gestión para mantener un statu

quo desigual» (D'Ignazio & Klein, 2020, p. 17). Profundamente integrado al legado colonial de la vigilancia, el individuo informatizado es una invención militar-industrial, un medio para lograr el doble propósito de extracción de valor y control social (Leurs & Shepherd, 2017, p. 222).

De ahí que diversas autoras llamen a usar marcos, métodos y principios éticos propios del feminismo interseccional (D'Ignazio & Klein, 2020; Eubanks, 2011) o el feminismo postcolonial (Leurs, 2017) para cuestionar, precisamente, las dinámicas de poder, opresión y dominación implícitas en las infraestructuras y los procesos que producen los datos. Y no solo para cuestionarlas, sino también, como señalan D'Ignazio y Klein, para oponerse al statu quo y cambiar la distribución del poder, es decir, para subvertir «la configuración estructural de privilegios y opresión» (2020, p. 24). Esta conexión entre poder y conocimiento llama a los investigadores «a considerar las distintas maneras en que sus despliegues de *big data*, incluso cuando movilizan perspectivas críticas, pueden replicar estructuras de discriminación, al negar formas de conocimiento “menos preparadas para los datos”» (Leurs & Shepherd, 2017, p. 213).

En este contexto, resulta fundamental preguntarnos qué objetivo prioriza, a quién beneficia y a quién perjudica la ciencia de los datos (D'Ignazio & Klein, 2020, p. 26): «¿Quién exactamente se beneficia de un cambio hacia las técnicas de análisis correlativo de datos en la era del *big data*? Y como corolario, ¿quién sufre?» (Leurs & Shepherd, 2017, p. 211).

Para abordar estas preguntas fundamentales, así como otras que surgen al cosechar, manipular e interpretar conjuntos de datos, los enfoques feministas insisten en que debemos conectar nuestros datos con el contexto en que se producen para comprender mejor sus limitaciones funcionales «y las obligaciones éticas asociadas, así como la forma en que el poder y los privilegios que contribuyeron a su elaboración pueden estar ocultando la verdad» (D'Ignazio & Klein, 2020, pp. 152–153). En segundo lugar, dichos enfoques nos llaman a reconocer las contingencias de las técnicas y los métodos digitales y a cuestionar sus epistemologías, de modo que podamos «producir historias más sólidas y significativas en lugar de verdades universales o generalizaciones desencarnadas» (Leurs, 2017, p. 133).

Koen Leurs y Tamara Shepherd enfatizan que el camino para producir estas historias pasa por «ayudar a los sujetos de los datos a recuperar la soberanía sobre la producción de conocimiento», para lo cual debemos «hacer de la extracción de datos un proceso centrado en las personas», «tomándonos muy en serio la agencia de las personas sobre su propia información» (2017, p. 225). Conseguir esto que resulta obvio para los investigadores que trabajan poniendo la justicia social al centro de sus prácticas y consideran de vital importancia los debates sobre la representación, la colaboración y la voz de los “sujetos” de investigación (Brown & Strega, 2015), exige a los investigadores de datos priorizar la escucha, la relaciona-

lidad, la fluidez y la confianza mutua, el dinamismo, la complejidad, la reflexividad, la diversidad y la multiplicidad (Leurs & Shepherd, 2017, p. 225). Solo así podremos movilizar estratégicamente los datos como un “sistema de conocimiento-poder anti opresivo” (Leurs & Shepherd, 2017, p. 227).

Terminemos recordando qué significa ser un investigador anti opresivo para Karen Potts y Leslie Brown, tal y como se recoge en el inspirador capítulo que escribieron para *Research as Resistance*:

Ser un investigador anti opresivo significa que hay un propósito y una acción política en nuestro trabajo de investigación. (...) al elegir ser un investigador anti opresivo, uno está asumiendo un compromiso explícito y personal con la justicia social. La investigación anti opresiva implica hacer explícitas las prácticas políticas de creación de conocimiento. Implica comprometerse, personal y profesionalmente, con las personas con las que se trabaja para provocar mutuamente las condiciones necesarias para que la investigación se oriente a la justicia social. Se trata de prestar atención a cómo funcionan las relaciones de poder en los procesos de investigación y a través de ellos (2015, p. 255).

REFERENCIAS

- BRIDGES, L. E. (2021). Digital Failure: Unbecoming the “Good” Data Subject Through Entropic, Fugitive, and Queer Data. *Big Data & Society*, 8(1), 2053951720977882. <https://doi.org/10.1177/2053951720977882>
- BROWN, L., & STREGA, S. (2015). Introduction: Transgressive Possibilities. En L. Brown & S. Strega (Eds.), *Research as Resistance* (2^{da} ed., pp. 1–17). Canadian Scholars' Press.
- D'IGNAZIO, C., & KLEIN, L. F. (2020). *Data Feminism*. MIT Press.
- EUBANKS, V. (2011). *Digital Dead End: Fighting for Social Justice in the Information Age*. MIT Press.
- EUBANKS, V. (2017). *Automating Inequality: How High-Tech Tools Profile, Police, and Punish the Poor*. St. Martin's Press.
- HONG, S. (2020). *Technologies of Speculation: The Limits of Knowledge in a Data-Driven Society*. New York University Press.
- LEURS, K. (2017). Feminist Data Studies: Using Digital Methods for Ethical, Reflexive and Situated Socio-Cultural Research. *Feminist Review*, 115(1), 130–154. <https://doi.org/10.1057/s41305-017-0043-1>
- LEURS, K., & SHEPHERD, T. (2017). Datafication & Discrimination. En M. T. Schäfer & K. van Es (Eds.), *The Datafied Society: Studying Culture through Data* (pp. 211–231). Amsterdam University Press.
- MANOVICH, L. (2020). *Cultural Analytics*. MIT Press.
- POIRIER, L. (2021). Reading Datasets: Strategies for Interpreting the Politics of Data Signification. *Big Data & Society*, 8(2), 20539517211029320. <https://doi.org/10.1177/20539517211029322>
- POTTS, K., & BROWN, L. (2015). Becoming an Anti-Oppressive Researcher. En L. Brown & S. Strega (Eds.), *Research as Resistance* (2^{da} ed., pp. 225–286). Canadian Scholars' Press.
- ROGERS, R. (2013). *Digital Methods*. MIT Press.
- VAN DIJCK, J. (2017). Foreword. En M. T. Schäfer & K. van Es (Eds.), *The Datafied Society: Studying Culture through Data* (pp. 11–12). Amsterdam University Press.
- VAN ES, K., & SCHÄFER, M. T. (2017). Introduction: New Brave World. En M. T. Schäfer & K. van Es (Eds.), *The Datafied Society: Studying Culture through Data* (pp. 13–22). Amsterdam University Press.